



CANTO RODADO
ANA GAITERO

VOLVER A LOS 17

El cielo se desplomó sobre León. Y un aguacero arrastró nuestros lamentos hacia las alcantarillas junto a las primeras hojas caídas del otoño. Volvimos a los 17. A encontrarnos con el Che: «Sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Esa es la cualidad más linda de un revolucionario». En Sierra Pambley junto a Martín Guevara Duarte y su libro *A la sombra de un mito*.

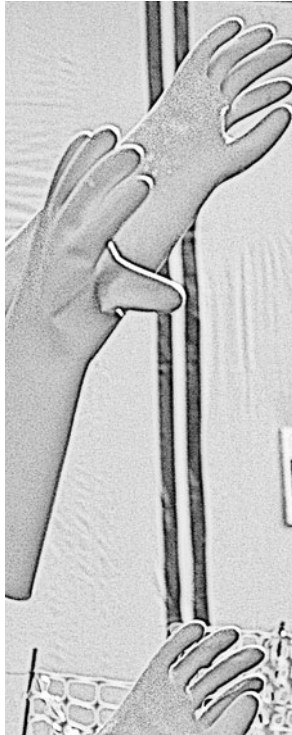
Al día siguiente salió el sol y el siguiente nos trajo a Malala Yousafzai con sus 17 años y el premio Nobel de la Paz. La voz de la joven pakistaní nos llegaba con un mensaje revolucionario: «No queremos políticos que tomen todas sus decisiones con el único objetivo de imponer sus ideologías, lo que queremos es que escuchen a la gente». Sus únicas armas: «Un niño, un profesor, un libro y una pluma».

¿Por qué no hablas tú?

Malala, ¿por qué esperas a que otro se haga cargo? ¿Por qué no lo haces tú, por qué no hablas tú a favor de sus derechos y de los tuyos?». Cosas así se preguntaba cuando tan sólo contaba diez años de edad y los talibanes se adueñaron con las armas de su región natal, el valle del Swat, en Pakistán.

Cuánto hay que aprender de Malala. Corren las plañideras como un aguacero. Nos quejamos de que el Gobierno está infectado por el virus de la inutilidad. Nos produce náuseas la lista de gastos de las tarjetas opacas de 86 altos cargos de Bankia. Abominamos la orgía de comidas, alcohol, joyas, pisos, arte, viajes y prostitución pagada con el dinero del rescate a la caja.

Maldecimos al líder sindical minero que se acogió a una amnistía fiscal para limpiar el dinero negro acumulado en quien sabe qué oscuros negocios. Hacemos circular wasaps con los chistes sobre la nefasta gestión de la crisis del ébola por la ministra Mato. Nos salen espumarajos de indignación ante el sa-



*CORREN LOS QUEJIDOS
CON EL AGUACERO. POR
UN GOBIERNO INÚTIL,
SINDICALISTAS
CORRUPTOS Y UN
PERRO SACRIFICADO
INUSTAMENTE.
MIREMOS A MALALA*

crifado injusto de Excalibur, el perro de Teresa, la auxiliar infectada por ébola.

Es hora de que levantemos la voz con firmeza. Desde agosto hasta ahora han muerto 4.000 personas por ébola en África Occidental y son ya 8.000 las infectadas. «No hay bofetadas para ir a Sierra Leona como ocurre en otras misiones», afirma la médica leonesa Manuela Cabero. Volverá. Falta gente.

Hay que escarbar en créditos a los partidos políticos, a los amigos de sus amigos, contratos más que abusivos como el que firmó el Ayuntamiento de Ponferrada con Nautalia para el Mundial de Ciclismo. Desenmascarar a la ministra de Fomento que promete apeade-ro para Asturias y by pass para León.

El poder del sentimiento

Malala Yousafzai empezó a publicar un blog y se convirtió en una activista a favor de la educación infantil y en particular de las niñas. Intentaron eliminarla. Dispararon a su cabeza. Se salvó. Ahora vive en Birmingham. Estaba en clase de Química cuando el viernes a las diez de la mañana le comunicaron que había ganado el Premio Nobel de la Paz y que lo compartía con un vecino, no sólo territorial sino de lucha: Kailash Satyarthi, activista por los derechos de niños y niñas. Malala nos hizo *Volver a los diecisiete*, con Violeta Parra: «Lo que puede el sentimiento, no lo ha podido el saber...».

Nuevo tiempo

Malala es la voz de un nuevo tiempo que está por llegar. Llegará. Ahora nos parece que es más probable que todo se vaya a pique. Pero llegará. Volvimos a los 17, con Malala. La hija mayor de Zuaiddin, para la que su padre, en una sociedad brutalmente machista, quiso una educación en igualdad de condiciones que cualquier chico. Volvimos a los 17 con el recuerdo de un padre que deseó que sus hijas y sus hijos estudiaran. Cuando tuvimos libertad para volar. Como Malala. Y para votar.



LIDERATE
VANESSA
CARREÑO

EL SACRIFICIO QUE LLAMAN TRABAJO

Vas a trabajar cada día, aunque no sabes bien para qué. Bueno sí, para ganar un sueldo a fin de mes. Porque, por lo demás, no le encuentras sentido. Has dejado de cuidar los detalles y de involucrarte y cada vez te importan menos los resultados de lo que haces. Pero tampoco te preocupa demasiado. Piensas que desmotivarse es algo inevitable y que ante eso lo único que se puede hacer es aguantar y esperar a la jubilación.

Porque, ¿qué contestarías si te preguntan para qué vas todos los días a trabajar? ¿Para ganar dinero? ¿Para comprar cosas? ¿Simplemente porque hay que hacerlo? Dicen algunos gurús del mundo laboral que eso de emplearse «para ganar dinero» tiene los días contados. Que muy pronto lo que primará será trabajar «para vivir experiencias que nos hagan felices». Y, ya de paso, comer de ello. Suena bien, ¿no? Además eso permitirá que cada uno alcancemos nuestro máximo potencial. Porque uno de los errores que nos lo impiden es jus-



to ese: estar haciendo algo que no nos motiva.

Así que, si ya no eres capaz de encontrarle sentido a tu trabajo, pregúntate qué ha cambiado. ¿Qué te motivaba antes que ya no lo hace? ¿Qué necesitas para volver a disfrutar de tu tarea? Tal vez un descanso, tal vez pedir que te cambien de responsabilidades, tal vez asumir nuevos retos... Casi todos pensamos que lo que nos motiva es el sueldo. Y no es así. Sentirnos reconocidos, trabajar en un entorno agradable o que nos permitan hacerlo desde casa pueden inspirarnos mucho más y durante más tiempo que una subida de sueldo.

Pero, si finalmente aceptas que eso con lo que te ganas la vida está en las antipodas de tus pasiones, tienes dos opciones. La primera es buscar nuevas motivaciones fuera de tu trabajo, como aprender algo nuevo que te permita desarrollar tu creatividad y, quien sabe, descubrir un nuevo talento. La segunda es dejar de pensar que cuando ya se tiene una edad o se lleva x años bajando, no se puede cambiar de profesión. En vez de pensar eso, piensa qué necesitas hacer para conseguirlo.

Coaching to be www.coachingtobe.es



ANDRÉS ABERASTURI

MIEDO Y/O ESPECTÁCULO

Es fácil entender —y triste— que tratar de reflexionar con una cierta tranquilidad sobre lo que nos rodea, no «vende» en esta sociedad-espectáculo que entre todos hemos creado. Y tanto da que los medios de comunicación, más la fuerza brutal y descontrolada de las redes sociales, hablen de la secesión improbable de Cataluña, de que los móviles se recargan en un microondas, de las idas y venidas de una tonadillera o de lo que ahora nos ocupa y nos preocupa: el ébola y esa mujer cuya intimidad se ha perdido por completo en una maremagnum en el que todo se combina: el derecho a la información, la torpeza de los responsables políticos, las banderías partidistas, el morbo, la audiencia y la

explotación del miedo. Y naturalmente que hay que exigir responsabilidades y naturalmente que hay que informar, pero pongamos aquella vieja raya roja que una vez existió para todos y que nadie tendría que cruzar. Por sensibilidad, por respeto, por el bien de la sociedad. Pero en el caso que nos ocupa la polémica empezó ya antes del contagio, empezó con la repatriación de los dos misioneros y hoy, quienes cuestionaron esa decisión, parecen cargarse de razones y restregarnos a todos el «ya te lo decía yo».

Y no. Aquí ha fallado algo y habrá que saber qué, pero la repatriación de nacionales —fueran o no religiosos— la han llevado a cabo, por ejemplo, Inglaterra, Alemania, Francia o EE UU; las preguntas que siguen siendo válidas es si España estaba o no preparada para tratar estos

casos y el por qué del contagio de la auxiliar de enfermería, profesión, por cierto, dentro de la escala sanitaria a la que habría reconocido alguna vez todos sus méritos y todos sus riesgos porque son ellas y ellos los que están en contacto más directo con la traducción real de eso que tan finamente llamamos «fluidos».

El resultado de todo este espectáculo es, naturalmente, el miedo; un miedo que se va extendiendo y al que, desgraciadamente, los españoles estamos habituados.

¿Qué tenemos hoy en el caso del ébola? Una enfermedad conocida y lamentablemente olvidada porque hasta ahora solo afectaba a países del tercer mundo. Pero la realidad es que la amenaza ha saltado las fronteras y la OMS ha tocado las campanas de la alerta roja.